

Aki Shimazaki  
LUNA LENA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

AKI SHIMAZAKI  
LUNA LLENA

Traducción de Javier Albiñana

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *Sémi*

1.<sup>a</sup> edición: febrero de 2022

© Actes Sud, 2021

Traducción: © Javier Albiñana Serain, 2022

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

ISBN: 978-84-1107-071-3

Depósito legal: B. 667-2022

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Luna llena

Me despierto con el bullicio de los gorriones. Durante un instante me pregunto dónde estoy. ¿En nuestra casa? Echo una ojeada hacia el ventanal entreabierto. Al instante reconozco nuestra habitación en la residencia para la tercera edad en la que vivimos.

La cama de Fujiko está vacía. La manta de verano y la sábana están arrugadas, la almohada y el cojín no están bien colocados. Debe de estar en el cuarto de baño. El reloj de pared marca las siete menos cinco. Me sorprende. Habitualmente, mi mujer no se despierta antes de las ocho. Aprovechando el frescor de la mañana, daremos un paseo antes de desayunar.

Tumbado en la cama, observo los muebles que trajimos de casa: un sofá, un sillón, la mesa redonda, unas sillas, mi escritorio, el tocador de

Fujiko... Son antiguos pero de buena calidad. Las camas las compramos durante la mudanza. Fue idea de Fujiko tener dos camas individuales en vez de una doble.

En un rincón hay un fregadero y dos armarios. Hemos instalado una neverita, un microondas y un hervidor eléctrico. Para comer, bajamos al comedor de la residencia. La comida es equilibrada y deliciosa. Raras veces vamos a un restaurante. Disponemos de nuestro propio cuarto de baño. A decir verdad, vivimos como en una suite de hotel.

Llevamos aquí seis años. Este establecimiento tiene como divisa: «Cuidados de por vida con respeto». Aunque sea privado, no es muy caro y nuestras pensiones lo cubren. El personal es excelente. Organizan actividades culturales y deportivas. Se respira un ambiente muy agradable. La lista de espera para entrar es larga, por supuesto. Estamos muy satisfechos, y en ningún momento hemos pensado mudarnos a otro sitio.

Mi esposa padece de alzhéimer. No reconoce ya a nuestros nietos y confunde a la menor de nuestras hijas, Anzu, con la primogénita, Kyōko, que murió de cáncer hace cinco años. Por fortuna, a mí todavía me reconoce y sigue llamándome «cariño». No le resultan dificultosas las actividades

diarias, tales como comer, ir al servicio o darse un baño. Puedo mantener con ella conversaciones sencillas y cotidianas.

Lo cierto es que pusimos empeño en vivir el mayor tiempo posible en casa. Cuando nuestro hijo, Nobuki, se casó, diez años atrás, pensábamos que él y su mujer vendrían a vivir con nosotros, como nosotros habíamos hecho con mis padres. En ese caso, Nobuki habría heredado la casa. Sin embargo, la joven pareja alquiló un piso y posteriormente compró una casa en las afueras. Cosas de la nueva generación. Nos quedamos muy decepcionados, sobre todo Fujiko, que ansiaba cuidar de nuestros nietos, como había hecho mi madre.

En cambio, Nobuki no escatimó esfuerzos para encontrar esta residencia en cuanto su madre dio ligeros signos de demencia. Cuando nos trajo aquí para mostrarnos el lugar, nos dejó sumamente impresionados el experimentado y respetuoso personal. Decidimos quedarnos a vivir aquí, aunque lamentamos abandonar nuestra casa.

Dos años después de nuestra mudanza, nuestra hija Anzu y su marido compraron nuestra antigua morada. Era el segundo matrimonio de Anzu, que tiene un hijo del primero. De hecho, su marido actual había sido novio de Kyōko. Ésta falleció al

poco de dar a luz a una hija. Anzu adoptó al bebé al casarse. Así pues, su familia consta de cuatro personas. A la pareja le encanta esa casa.

Mis hijos nos visitan regularmente. En ocasiones, Anzu sale a pasear con su madre para que yo pueda tener ratos libres. Nobuki organiza fiestas en su casa, y allí vemos a nuestros cuatro nietos. Está bien así, al fin y al cabo. De este modo no somos ninguna carga para nadie.

Entra una brisa por la ventana. Jiii..., jiii..., cha..., cha..., cha...

Es una *kuma-zemi*.\* Según mi mujer, las cigarras de esa clase cantan solamente por las mañanas. No sé gran cosa de esos insectos, pero ella distingue el nombre de cada especie con sólo oír su canto. Resulta asombroso que recuerde unos detalles tan precisos aprendidos durante su infancia.

Son las siete y veinte, ¿es posible que Fujiko siga en el baño? Bajo de mi cama lentamente y me acerco al cuarto de baño. Llamo a la puerta:

—¿Todo bien, Fujiko?

No hay respuesta. Empujo suavemente la puerta, que se abre; no está cerrada por dentro. Fujiko no está. Vuelvo hacia su cama y compruebo que

\* El significado de las palabras en cursiva se explica en el glosario situado al final de la novela, págs. 167-168.



su camisión no está en el lugar habitual, y tampoco el chal de verano que se pone cuando está encendido el aire acondicionado. ¿Habrá salido al balcón? Me acerco al ventanal de puertas correderas y aparto las cortinas. Tampoco está allí.

Miro en la consola que está junto a la puerta de entrada. No hay nada encima. Cuando sale, suele depositar una de las tarjetas plastificadas que utilizamos para indicar dónde estamos: «ESTOY EN EL SALÓN», «ESTOY EN LA SALA DE ESTAR» o «ESTOY EN EL JARDÍN». La cesta de costura de mimbre que lleva siempre consigo está en su tocador. Pero ¿dónde está ella? De pronto cruza por mi mente la palabra «fuga». Exclamo:

—¡No es posible!

Me visto a toda prisa y salgo de la habitación.

—¡Buenos días, señor Niré!

Me cruzo en el pasillo con el señor y la señora B., unos nuevos residentes que se alojan en la misma planta que nosotros. La mujer camina con ayuda de un bastón, pues está mal de la vista. Nos saludamos amistosamente. El marido me dice:

—Acabamos de tomar el desayuno. Estaba delicioso, como de costumbre. ¿Ha desayunado ya?

—No, todavía no. Antes tengo que encontrar a mi mujer.

—¿La señora Niré? La he visto hace un rato, en la planta baja.

La pareja está al tanto de la enfermedad de mi mujer. Tranquilizado, me digo que Fujiko sencillamente se habrá olvidado de dejarme la

tarjeta que indica adónde ha ido. El señor B. añade:

—Está hablando con un empleado delante de la oficina de personal.

—¿Ah, sí?

La señora B. alza la cabeza hacia mí. Unas gafas oscuras le ocultan los ojos. Me sonrío:

—Me he enterado de que su nieta cantará esta tarde. Por supuesto, iremos a oírla.

—Son ustedes muy amables.

Se refiere al concierto que la residencia organiza una vez al mes en la sala de actos. Nuestra nieta Suzuko actuó ya el año pasado. Estuvo encantadora. Su actuación agradó a todo el mundo. Es hija de nuestra hija mayor, la que falleció. Anuncio orgulloso a la pareja:

—Hoy cantará unos *natsumero*.

Mi vecino exclama:

—¡Ah, es una idea excelente! Las antiguas melodías japonesas reactivarán la parte dormida de nuestra memoria.

—Desde luego. Es el efecto que espero que ejerzan en mi mujer.

—Señor Niré, nos gusta mucho la música, sobre todo la clásica: Bach, Mozart, Chopin...

Mientras el señor B. sigue hablando con su habitual buen humor, yo acecho el regreso de

Fujiko. Pero no aparece. Me despido del matrimonio. Al dirigirme hacia los ascensores, me pregunto qué estaría contándole mi mujer al empleado.